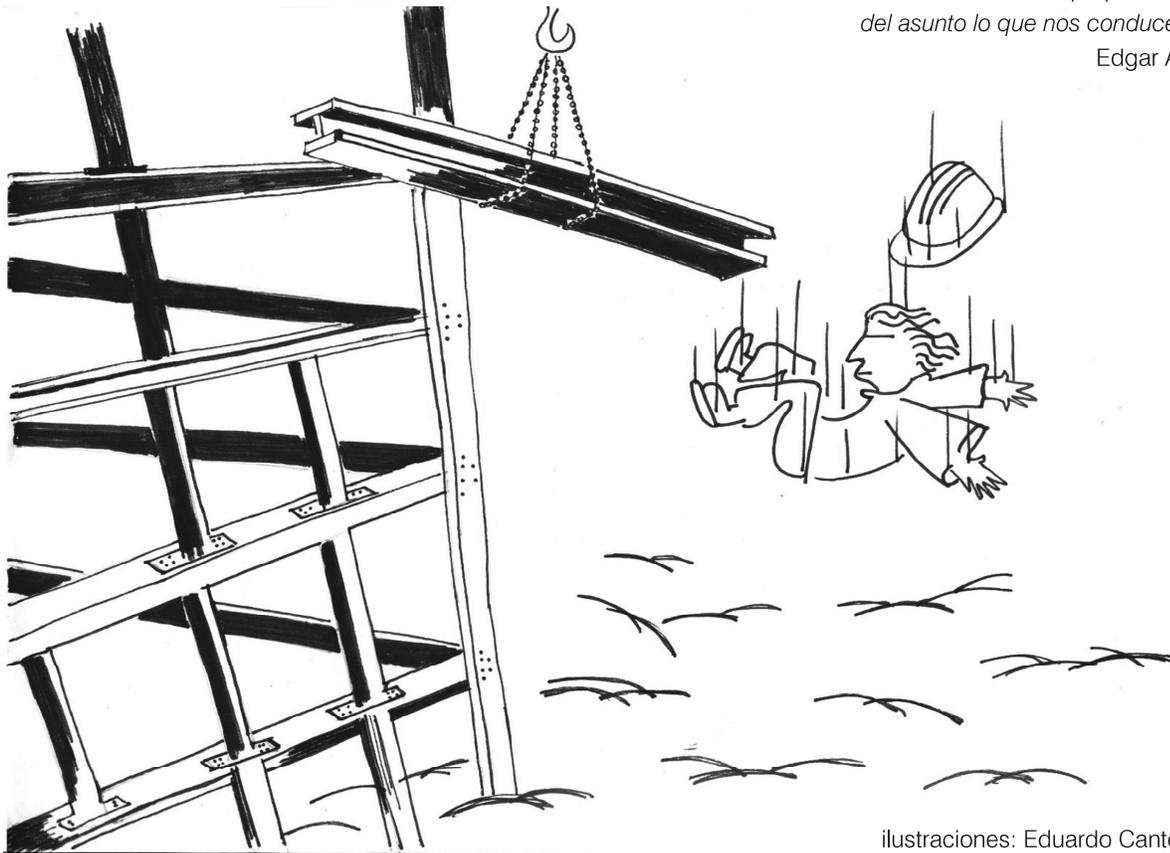


Para domar a las furias

Ulises Paniagua-Olivares*

Tal vez sea la propia simplicidad del asunto lo que nos conduce al error.

Edgar Allan Poe



ilustraciones: Eduardo Cantero Mercado
Aram Isai García Abad



Ulises Paniagua-Olivares

Narrador, poeta, videasta y dramaturgo. Ha publicado cuatro poemarios: *Del amor y otras miserias* (2009), *Guardián de las Horas* (2012), *Nocturno imperio de los proscritos* (2013) y *Lo tan negro que respira el Universo* (2015). Y tres libros de cuentos: *Patibulario, cuentos al final del túnel* (2011), *Nadie duerme esta noche* (2012), e *Historias de la ruina* (2013). Su obra ha sido divulgada en diversas antologías, revistas y diarios, incluyendo *El búho*, *Círculo de poesía* y *Editorial Jus*. Ha sido publicado en la *Academia Uruguaya de Letras*. En 2007 recibió mención honorífica en el *Concurso Nacional de Cuento Criaturas de la Noche*. En 2008 fue incluido en la *antología de Poesía Latinoamericana Giulia Gonzaga* (Italia), en 2014, en la antología española *Poetas del siglo XXI*. Ha sido traducido al inglés y al italiano.

sesilu7@yahoo.com.mx

En vano lo intenté todo: el engaño, el recurso, la técnica adecuada. Como la gangrena que trepa desde la planta del pie hasta alcanzar la cintura, la inutilidad de mis esfuerzos me ha venido conduciendo a la desesperación. Hoy, mientras escribo, después de asomarme a la ventana para contemplar una horda de trabajadores que se organiza allá abajo, una colmena de sombras apilándose en el silencio del patio de maniobras, tengo la certeza de que la historia está próxima a su fin: un ritual exacto; la cuota de sangre exigida para bautizar las losetas del vestíbulo. Y no sé bien por qué, pero tengo la impresión de que ahora podré descansar.

Sucede que no creía en las leyendas donde se cuenta que, en cada obra, debe existir por lo menos un difunto. Tales historias me parecieron siempre producto de la imaginería de albañiles o carpinteros borrachos que gritonean en las cantinas, en medio de un orgullo desolado, mientras se encargan de agotar hasta el último centavo de sus rayas. Como toda persona que se precia de cierto rigor científico, desconfiaba de la veracidad de los trabajadores. Sin embargo, no se trataba de ninguna broma; hablaban en serio, lo podía adivinar en sus ojos expectantes.

—Ingeniero —me decían algunos—, ya llevamos tres meses, y ni un muertito.

—Inge —me comentaba el maestro yesero, ya vamos para el año y medio y todavía nada; el edificio se nos va a caer. Recién estrenado se nos va a caer, ya se lo digo.

—Figúrese, la torre de arriba, la de “Residencial de los Demiurgos”, se desplomó hace dos meses, así sin más. Nunca se supo por qué, pero luego de las averiguaciones, dicen que fue porque nadie se había muerto mientras la levantaban. ¿Cómo ve?

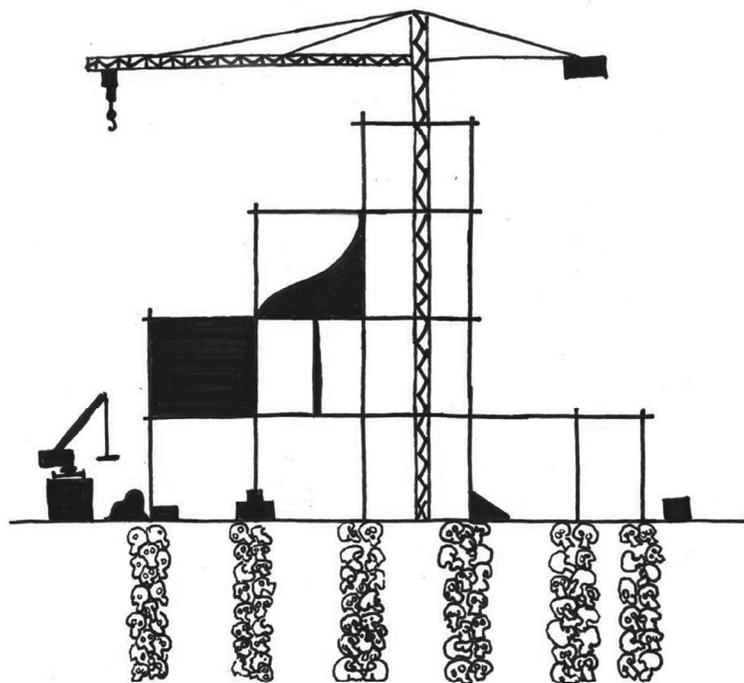
En un inicio estos comentarios me parecieron necedades, creencias absurdas de un gremio primitivo e ignorante; pero una vez que llegamos a los dos años y ya cerca de la terminación de obra, sucesos extraños

empezaron a ocurrir. Un lunes, muy temprano, saquearon la bodega; el miércoles siguiente nos clausuraron durante tres días debido a conflictos con el sindicato; el sábado tuvimos un conato de incendio en el piso veintinueve; y a la semana siguiente, asombrados nos enteramos de que el contador de la empresa había cometido un fraude que impidió comprar materiales con la prestancia requerida. En resumen, que el programa de entrega se vino abajo, atrayendo en su caída multas y sanciones. El día de la Santa Cruz, cediendo un poco a las costumbres de los trabajadores, quise organizar una misa bajo el pretexto de respetar la fiesta, pero sobre todo con la oculta intención de bendecir la obra contra las malas voluntades. Para mi pésima fortuna, el sacerdote que estaba programado para tal fecha no pudo llegar, pues justo aquella mañana cayó enfermo de tifoidea. La idea empezó a obsesionarme. ¿Y si dijeran la verdad? ¿Si la lógica en tal caso tuviera que ceder ante la superstición? Si bien era cierto que no me convencían sus argumentos, también era cierto que la torre del residencial vecino se había derrumbado de una manera misteriosa. Después de todo, detrás de cada superstición existe un soporte histórico, un asomo de realidad. Tal vez las leyendas novohispanas donde se rumora que enterraban cadáveres de niños en los basamentos de los puentes para aumen-

tar su resistencia, no eran tan infundadas como pudiera suponerse.

En el aislamiento de levantar un edificio en la periferia de la ciudad, víctima de una angustia creciente al comprobar la proximidad de la terminación, imaginaba de vez en vez que un herrero se aproximaba a una de las orillas del nivel trece, sin fijar el arnés; que trastabillaba con una varilla mal colocada o resbalaba con una plasta de impermeabilizante. Mi mente eufórica lo veía caer, descompuesto y suplicante, destrozándose cada hueso al impacto del concreto de la planta baja, semejante a un costal de cascajo. Me da vergüenza aceptarlo, pero una vez hasta me reí al pensar lo que dirían los demás al ver el charco de ese líquido espeso y oscuro escurriendo desde su cráneo. Sin embargo, devuelto a la realidad, lejos de este tipo de fantasías sádicas, con tristeza comprobaba que nada había ocurrido. Entonces me sentaba sobre una pila de sacos de mortero a meditar el problema, en medio de la sospecha y las murmuraciones de los demás.

Así fue como decidí cumplir mi objetivo. En un inicio, justifiqué mi próxima acción con la excusa del bienestar colectivo. Luego, pretexté los intereses de la empresa, intentando descargar mi conciencia. Poco tiempo después me di cuenta que había dos o tres trabajadores mugrosos y vulgares a los que no me molestaría desaparecer. Supe que si era necesario el sacrificio para evitar una tragedia mayor, no podría negarme a ejecutarlo. Una tarde —aprovechando uno de esos momentos en que la soledad reina entre traveses y columnas de hormigón,



justo antes del almuerzo de la 1:00 p.m.— me acerqué sigiloso a un oficial albañil que se hallaba colocando tabique para un muro en el décimo piso, y lo lancé al abismo. Corrí con tan mala suerte que el pobre diablo logró medio aferrarse a la cornisa, y alcanzó a rebotar en el tapial recién instalado por los colocadores de cantera. Cayó dos pisos abajo. Sólo se rompió una pierna. Por supuesto, tuve que ofrecer una disculpa imbécil y nerviosa después del suceso; pero él no aceptó mis excusas. Con docilidad movía la cabeza de un lado a otro, con una resignación tan evidente que me hizo comprender que no le hubiera importado convertirse en víctima si eso contribuía a la consumación del rito. Su comportamiento, debo admitirlo, me sorprendió.

—No se preocupe, Ingeniero, no tiene por qué disculparse. Es la ley y hay que cumplirla.

Sus palabras me animaron. Me sentí misionero en medio de una selva de acero corrugado, un oficiante de la justicia constructiva. Era el elegido para hacer cumplir la tradición; ergo, ser un asesino en estas circunstancias representaba incluso un acto de heroísmo. Aquella tarde descubrí el poder inmenso que ejercía sobre aquellos hombres, sobre esa masa de gente inmundada e ignorante que jamás podría reflexionar en su vida conceptos tan básicos como la felicidad y la conciencia. Recordé un cuento que había leído hace mucho tiempo sobre una caja literaria que contenía otras cajas literarias, en una sucesión infinita. Así de interminable me parecía la mediocridad de estos pobres diablos. Me di cuenta de que era muy superior a ellos: yo había leído mucho, estudiado a fondo las leyes físicas y matemáticas; en cambio, ninguno de estos miserables ignoran-



tes valía un centavo. Podía desaparecer a un trabajador en la revolvedora de concreto cuando se me antojara, sepultarlo bajo paletadas de tierra en el fondo de la barranca contigua, o mejor aún, ahogarlo con discreción en la cisterna del último sótano para acabar con esta jodida pesadilla. Nadie diría nada; el edificio se convertiría en una tumba discreta y agradecida.

Lo intenté, el cielo sabe que intenté con ahínco, con método. Pero fallé en cada ocasión. Cada jornada hubo algún error o un titubeo de inexperto que impidió la consumación del plan. El tiempo, implacable, siguió su camino. Justo ayer, cuando revisé el programa de obra, tuve la certeza de que apenas nos quedaba un mes para concluir los trabajos: un trémulo temblor de impotencia se adueñó de mí; miré a mi alrededor, asustado. En una extensa fila de clavos que circundan las paredes de mi oficina, colgaban, como reses en espera del final, un sinfín de llaves etiquetadas con el número del departamento o la bodega a la que pertenecen. ¿Cómo podrían escapar estos desdichados de mi voluntad? Parecía inadmisibles. La frustración se irguió como sombra funesta sobre los corredores desnudos del edificio y dentro de mi corazón. Ayer los trabajadores estuvieron desconsolados, apenas comieron un poco y, a la hora de la salida, muchos ni se acercaron a despedirse de mí.

Hoy, en cambio, estoy seguro de que podré descansar, porque hemos llegado al fin. No hay plazo. Lo supe esta mañana cuando, al analizar el plano de las terrazas para comprobar el acabado en la mampostería de la última jardinera, escuché sus murmullos apagados entre los corredores; cuando percibí sus miradas de complicidad mientras recorría los estacionamientos. Lo supe en el momento en que el personal administra-

tivo abandonó la obra para ir a casa, mientras ellos permanecían inamovibles en el patio de maniobras. Lo sé ahora que los veo ascender, piso por piso, la escalinata de la torre en una espiral de luz inmensa, cargando cada cual su antorcha encendida, entonando loas negras y secretas; enfundados en largas túnicas púrpuras que guardaban no sé dónde. Vienen ascendiendo sin prisa, con los ojos ocultos tras el misterio sacro que les confieren sus capuchas. He visto fulgurar la daga entre las ropas de uno de ellos. Imagino la belleza de un arma ceremonial, la precisión de su filo. Sé que vienen por mí, sé que vienen a cerrar el ciclo, a practicar la liturgia: una horda de cuervos escarlata en pos de cumplir con los códigos establecidos durante siglos. Están cerca, cada vez más cerca. No puedo continuar. Busco una salida. La ventana da directo al patio; no es una opción, hay treinta y tres pisos que me impiden intentar el salto. Alguien llama a la puerta de la oficina; no es un ruido estruendoso pero resulta amenazador por su insistencia. Debo prepararme para lo que viene ☹

Del libro *Historias de la ruina*, Sedito Ediciones, 2013, pp. 29-34

***Datos del autor:**

Narrador, poeta, videasta y dramaturgo. Estudiante de la Maestría en Urbanismo en la ESIA Tecamachalco
sesilu7@yahoo.com.mx